LOS GOLFOS DEL ARTE

Número 7

15 cénts.

© Biblioteca Nacional de España

LENTES HIGIÉNICOS

y gemelos de moda garantizados

GARCÍA

Óptico. Carretas, 3

ANTEOJOS

Los hombres imposibilitados nos conmueven; pero el más digno de lástima es el ciego: para evitar serlo, el que precise anteojos, use *Roca de Precisión*, son los más afamados y mejores. E. Alonso, Montera, 17, platería y óptica.

JOYAS FINAS

y económicas

Alonso.-MONTERA, 17

Paga á altos precios platino, oro, plata y piedras preciosas.

Agua de Colonia

medicinal é higiénica, indispensable para el tocador.

Superior á todas las conocidas.

Odontina. — El mejor Elixir *entrífico.*—Frasco, 1 y 2 pesetas.

Gran Farmacia y Laboratorio químico del

Dr. E. TORTOSA — Barquillo, 17 — MADRID

Concurso de Rápidas

CUPON

Boletín de suscripción

D. .....

se suscribe á la revista LOS GOLFOS DEL ARTE durante ..... trimestre.

(Firma)

Domicilio .....

© Biblioteca Nacional de España

Año II Madrid, 3 de Febrero de 1908 Núm 7.º

LOS GOLFOS DEL ARTE

REVISTA QUINCENAL LITERARIA

NUESTRAS CARICATURAS

VICENTE GARRIDO es un López *Silvista* consumido, digo, consumado; es el fotógrafo de toda la gente de rompe y rasga; él traslada al papel con sublimidad asombrosa escenas arrancadas (á viva fuerza) del natural, que le salen á las mil maravillas, como cosa de Garrido. Es lástima que á este buen chico le apene un dolor; la terrible enfermedad llamada *vaguitis* arraigó en él, y debido á ello está convertido en una fiera (ojo) para el *Descanso* (1); pero con cuidados se le pasará, y volveremos á tener al simpático Vicente rompiendo lanzas en loor de la chulaperia madrileña, que tanto le admira, y la que se encargará de abrir á su vate favorito (¡horror!) las puertas de la Gloria, que nosotros le deseamos. Amén.

NEUROSIS

¿Cuánto duró la terrible lucha de nuestro buque contra la tempestad? ¿Horas, días ó siglos?... No lo sé, porque todo se presenta confuso y lejano en mis recuerdos como la impresión dejada por lúgubre pesadilla, ó cual la sensación indefinible de una muerte antigua acaecida al final de una existencia anterior, envuelta en las sombras de un pasado desvanecido.

Tal vez ni siquiera vivíamos. El espacio, el tiempo y la distancia parecían confundirse en el seno de aquella tormenta inaudita con el Infinito y la Eternidad; lo indistinto, fragmentario, informe, roto y aniquilado, imperaba en un Caos espantoso, semejante al comienzo ó á la destrucción de un mundo. Ignoro si perecíamos en el derrumbamiento fantástico del Universo, ó si asistíamos desde el fondo de un abismo al prodigioso génesis de algo infernal.

Lluvia torrencial y caliente caía sin cesar de un Cielo obscurecido por montones de grisáceas nubes; pavorosos clamores que subían de las profundidades de lo desconocido se unían sin descanso al estruendo de los truenos. Una atmósfera cataclismal pesaba sobre la India amodorrada—con sus ciudades, templos, castas, tesoros y deidades—en la luz lívida

(1) *Dominical*, ¿eh?

© Biblioteca Nacional de España

y monótona de una época de general consternación.

Diríase que todos los genios perversos, arrojados por los hombres de los santuarios asiáticos y todos los dioses destronados de los Olimpos indos, habían desencadenado sus furores sobre el planeta, del que estaban proscritos, y que todos los monstruosos parias de los países orientales juntaban sus roncas reivindicaciones á las voces fragorosas del huracán, aullando en sus ráfagas los odios y rencores que engendraron durante su largo destierro bajo otros cielos y que se maduraron en los pétreos hornos que soles ignotos calcinan.

Dominado por los rudos latigazos del ciclón y los rugidos feroces de los malditos, el mar equinocial se agitaba esclavizado; con espasmos de indescriptible cólera y en continuo bullir, acudían de los parajes vecinos olas verdosas empenachadas de espuma, como multitud de aliados que otros Océanos enviaban para conquistar, saquear y destruir al viejo Continente. Rodaban, iban y venían con estrépito separadas por anchos surcos en los que escupían sus babas, y, de improviso, chascando y bramando cual si embistieran las murallas de una fortaleza, se lanzaban al asalto de los escollos y de los promontorios, no tardando en retirarse vencidas y humilladas, chapoteando y lamiendo el pie de los acantilados, mientras otras y otras se destrozaban á su vez en las asperezas de las rocas. Así, así, con la regularidad de un ariete de sitio, el agua socavaba las bases de la tierra.

A las detonaciones eléctricas, al golpear de las olas y al crepitar continuo de la lluvia en la masa líquida, añadíanse estridentes silbidos, aireadas rumorosas, mil sonidos á la par vagos y precisos, semejantes á suspiros y sollozos, gemidos que descendían del Firmamento y ascendían de las simas submarinas. No eran ruidos familiares á la percepción acústica humana, sino una algarabía diabólica que animaba la lobreguez del Caos, en el que á menudo fulguraban—miradas de una divinidad irritada—zigzagueantes relámpagos.

Cierto poder irresistible nos arrastraba y empujaba en un remolino, en el que girábamos alocados como espíritus delirantes, y ya en el fondo de los abismos, ya en las crestas de las olas, nuestro barco navegaba desarbolado y sin rumbo, cabeceando constantemente. ¿Qué fuerza sobrehumana nos mantenía en aquel círculo vertiginoso, haciéndonos emprender una carrera sin fin sobre un mar insondable, bajo un Cielo sin límites en una noche eterna?

Angustia vesánica paralizó nuestros corazones. No acertábamos á diferenciar el porvenir del presente, lo que no es de lo que es, y sumidos en tanto terror hasta nos olvidamos del pasado. Creíamos que todo había estado siempre lo mismo, que todo seguiría igual y que nosotros éramos cosas sin nombre confundidas entre otras cosas.

Las tinieblas con que tropezábamos en el camino de lo Incognoscible nos fascinaban y atraían, envolviéndonos lenta-

© Biblioteca Nacional de España

mente mientras que nuestras formas hundíanse y fundíanse en la opaca penumbra de la nada. Lo misterioso y horrible imperaba alrededor de nosotros, y la pelea titánica de los elementos se nos antojaba la imagen de la desolación universal, aspirando á reinar imperecederamente en la devastación de los astros, en el trastorno cósmico.

***

¿Cómo y por qué terminó el espantoso período durante el cual sucumbió para renacer el mundo en que actualmente vivo? No lo sé; pues todo se presenta confuso y lejano en mis recuerdos. Sí afirmo que he visto ó entrevisto lo que relato; pero sería, quizás, en una alucinación apocalíptica ó cuando estuve muerto y vagué —Navío Fantasma—por las ondas negras de un mar sombrío.

Gonzalo Guasp.

¡He triunfado!

¡Ay, lector! ¡Estoy que no quepo en mí! ¡Qué satisfacción! ¡Qué orgullo! ¡Qué alegría! ¡He triunfado! ¡Soy feliz!

«La descabellada idea», «La pretensión tonta», «La absurda creencia», «La equivocación lamentable», «La terrible exageración», según opinión de la casi totalidad de mis amigos al juzgar mi último artículo *El mundo al revés*, vese coronada por el éxito. ¡Qué hermosura! ¡Qué delicia! ¡Qué encanto! ¡Qué honor para la familia! ¡Qué desilusión tan grande para las jóvenes casaderas!...

Ellas que, desde el momento en que vió la luz el mencionado artículo, no han cesado de ultrajar mi nombre y mi persona de la forma más despiadada é inhumana que puedes figurarte; ellas, que han logrado convertir mi casa en un depósito de papel con las innumerables cartas de protesta que me han remitido; ellas, las pudorosas, las que haciendo alarde de moralidad piden á Dios que descienda en mi posición social hasta el extremo de que «no tenga camisa que ponerme» (¡Viva el pudor!); ellas, las cursis, las que en medio de un almibarado y pedantesco lenguaje, me sueltan á quemarropa un «¡Tiazo!» ó un «¡Groserote!» más grandes que una casa, y escritos con pluma de doble punto para llamármelo por duplicado. ¡Qué decepción van á sufrir!

Pero el desquite se imponía, y, al fin, llegó. Hoy ya puedo pregonar mi triunfo con toda la fuerza de mis pulmones, y para que sirva de martirio á todas las que me han zaherido, así lo hago: *¡Se me han declarado cinco!*

De las cinco, solo una ha logrado romper «el hielo de mi indiferencia»; las demás, sin duda por falta de práctica, no han conseguido con su declaración ni «una dulce sonrisa», ni «el más leve indicio de esperanza»... ¡Qué rabien!

Y ahora, lector, copiaré, para regocijo tuyo y satisfacción mía, hasta la última letra de la carta, origen de mis amores. Dice así:

«Idolo mío: Al coger la pluma para escribirle, siento que mi corazón pugna por salírseme del pecho; un algo inexplicable invade todo mi sér; algo impalpable, que

© Biblioteca Nacional de España

introdúcese por todos los poros de mi cuerpo, haciéndome sentir las nostalgias de la felicidad...

»Quisiera en estos momentos, de difícil situación para mí, conservar el estado de ánimo normal para describirle en párrafos brillantes la ardorosa pasión que por usted siento; pero es tal la cantidad de amor que mi pecho anida; tal la intensidad de mi cariño, que dudo poder dar cumplimiento á mi deseo; pues sólo el recuerdo de usted me fascina y trastorna, ¡vida de mi vida!»

(Aquí, lector, no pude por menos de exclamar: ¡¡Miauuu!!)

«Por lo tanto, prescindiendo de toda gala poética que pueda embellecer mi carta, me concreto á expresar con suma sencillez todo un poema de amor: Joven, ¡yo le amo! ¡Siento por usted un verdadero delirio de amor!... ¡Mi vida pende de sus labios!... ¡Acepte mi cariño!...»

(Este arranque poético que copio á continuación me hizo mucho tilín.)

«¡Mi bien! ¡Mi único tesoro!
¡Mi esperanza! ¡Mi ilusión!
¡O arráncame el corazón,
ó ámame porque te adoro!»

.....

(Los puntos suspensivos, aunque no dicen nada, son muy expresivos.)

«En espera de su adorable contestación, se despide de usted con el alma llena de impaciencia esta su fiel amadora, cuyo único anhelo es hacerle feliz.

»Suya siempre, *Purita.*»

Yo, enternecido, no pude por menos de mandarla esta «lacónica, pero expresiva» carta.

«Señorita: Desconozco por completo quién es usted. Su carta me ha interesado; pero no puedo responder tan rápidamente como usted desea. Necesito informarme, adquirir detalles y saber quién es usted. Lo haré lo antes posible, y si todo resulta en favor suyo, entonces.... «si viene usted con buen fin, se lo diré á mi papá».

Esto pienso hacer con todas las que merezcan que se las escriba; pero darlas el sí... *¡Nequaquam!* ¡Qué sufran ellas!

Vicente Garrido.

Lamento.

¡Cuántos besos amantes
me prodigaba
mi pobrecita madre
con toda su alma!
¡Qué amor más puro!
¡Imposible hallar otro
tal en el mundo!

¡Cuánta tristeza noto
cuando recuerdo
que el ángel de mi dicha
ya se halla muerto!
¡Qué triste sino!
¡Imposible que encuentre
lo que he perdido!

Antonio Pérez.

Pequeñeces.

Fué en un tranvía del barrio más aristócrata de Madrid, donde yo, observador

© Biblioteca Nacional de España

empedernido, vi una escena más de la comedia de la vida; esta comedia amarga del vivir, en la que todos somos productores, á la par que la representamos.

Pensando, no sé si tristezas ó alegrías, iba solo en el interior del democrático carruaje. Sonó el timbre, y, á poco, fué algo tal como si la alegría de la vida se hubiese introducido en aquel coche; fué algo que hizo palidecer los reflejares del Sol puro; fué, en fin, una mujer divina que se sentó enfrente de mi, llenándolo todo con la magnitud de su hermosura. Tres hombres éramos prontos á enloquecer por aquella hembra tan apetitosa, y ya la locura habíase apoderado de nuestros ojos. Milagro fué que el conductor no hiciera polvo á media Humanidad, según las veces que volvió la cabeza para contemplar ejemplar tan raro de hermosura; observé que, alguna vez, sus mirares lujuriantes tornábanse picarescos al chocar con los de su compañero, que, ensimismado, no acertaba á llegarse hasta ella para pedirle el *perro gordo*, cuando él la hubiese dado toda la sangre por que no se apease de su coche en toda su carrera de empleado. Yo sé que el tal cobrador es casado, y sé también que, *in mente*, realizó un caso de adulterio.

Subieron otros dos viajeros que fueron á ocupar los dos cómodos ángulos vacantes. Elegante, con toda la elegancia burguesa, el uno. Más ancho que alto, y casi podría decir que cuadrado. Cuando mozo, encontróse muy bien entre repletos sacos de comestibles; fortuna le dió Dios, y gruesos brillantes llegaron á ocupar el sitio, albergue un tiempo de gruesos sabañones.

El otro, en verdad que ni con mucho podía igualársele en cuanto á trapos; mas su frente espaciosa; el mirar llameante, y todos los rasgos de su rostro eran declaración ciertísima de que en su cerebro existía algo más, mucho más, valioso que todos los millones del antiguo acaparador de géneros alimenticios.

Y subió otra mujer joven, en la que nadie se fijó, porque no estaba bien trajeada, ni era bonita, aunque sí tenía una cara tan llena de bondad, que á mí me hizo quitar los ojos de la mujer hermosa, que ya hacía rato me estaba oliendo á algo malsano para mirar á aquella otra joven humilde, tal vez humilde, porque jamás quiso ser *soberbia*.

Y con estos tan diferentes personajes vi un cuadro más de la amarga comedia del vivir. Cuadro de lamentable equivocación.

La humilde miraba al joven de caracteres faciales de inteligencia. El joven, á la hermosa; la hermosa, al burgués, y éste recreaba su vista en el espacio breve que mediaba entre sus dedos antes nidaje de groseros sabañones, y ahora alhajados con brillantes de los de más grueso calibre, ¡brillantes groseros!, y la punta de sus charoladas botas que, no por lo bien charoladas, dejaban de demostrar algunos rasgos de ordinariez.

Y compadecí á la humilde al ver que sus miradas de amor y de deseo noble

© Biblioteca Nacional de España

hacia la inteligencia de aquel á quien miraba se perdería para siempre. Compadecí al joven viendo cómo el ansia carnal que se le salía por los ojos tropezaba, en aquel caso, con el mayor inconveniente de todos: ¡La pobreza de su bolsillo! Sentí pena por la mujer hermosa al comprender que toda aquella su hermosura estaba á merced de quien quisiera darle más, ¡siempre más! Y sentí rabia y asco hacia el hombre, ancho más que alto, y elegante con toda la cursi elegancia burguesa, al notar que, engreído y satisfecho de sí mismo, no miraba, sino á él, y no hacía caso del mirar de una mujer, más ó menos *cocotte*, pero mujer al fin.

Por ellos, por los tres, sentí pena haciéndome cargo de la ninguna satisfacción de sus deseos. Por el hombre de los brillantes sentí inmensa repugnancia, comprendiendo que toda su felicidad estribaba en mirarse de unas manos calzadas con valiosísimas sortijas á otras calzadas con finísimo charol.

Lorenzo Cid Gascón.

La Puerta del Sol.

Un inmenso griterío
constantemente la atruena:
hombres, mujeres y chicos,
todos sin cesar vocean.
Con razón puede decirse,
como opinión no indiscreta,
que es el Centro de la Industria
la tan renombrada Puerta.
Allí se ve á todas horas
animación por doquiera;
unos se paran á ver,
á la par que otros pasean,
y todos al mismo tiempo
el paso libre interceptan.
Y el transeunte pacífico
tiene que sufrir sin queja
muchas incomodidades
y un sin fin de impertinencias.
—¡El País! ¡El Liberal!
—¡Cómo rezan las solteras!
—Cuadernos de apuntaciones.
—Lápiz, tinta. ¡Matasuegras!
—Vendo el perrito de caza.
—¡La Corres! ¡España Nueva!
—Los nuevos couplets políticos
con el cierre de tabernas.
—Gomas para los paraguas.
—GOLFOS DEL ARTE, *pulseras.*
—Relojitos extraplanos.
A perra gorda, novelas;
las hay de Pérez Galdós,
de Echegaray, de Dicenta...
—El Código de Comercio
le doy por una peseta.
—París-Madrid. Tren expreso...
Y la Biblia en holandesa.
Después de oir todo esto,
dígame usted con franqueza
si no hay para renegar
hasta del señor Lacierva.
Yo, francamente lo digo,
después de tanta monserga,
siento una cosa tan solo:
¡Un gran dolor de cabeza!

Julio Martínez.

© Biblioteca Nacional de España

LOS SEÑORES FEUDALES

Encontrábame, en unión de un querido compañero, en un espacioso portal que sirve de entrada á una de las casas de la Puerta del Sol, cuando vimos venir hacia nosotros un grupo compuesto por unos cincuenta individuos, más bien más que menos, que, á juzgar por lo sencillo de su ropaje y lo curtido de sus rostros, debian ser vecinos de algún pueblo cercano á Madrid, donde, salvo contadas excepciones, *todos saben trabajar y obtener* las primeras materias que más tarde han de ser la base de nuestra alimentación.

Al verlos hubo de exclamar mi acompañante: «¡He aquí lo que bien pudiéramos llamar la fuerza motriz de España!»

La torpeza de sus ademanes llamaron la atención de unos cuantos jóvenes que pasaban, los que tuvieron á bien reirse de los que mi compañero habia calificado de tan singular manera. Ellos permanecieron impasibles, con la impasibilidad del esclavo que recibe los golpes del amo sin exhalar una queja, después de haber dejado parte de su existencia en las rudas faenas á que ha sido dedicado.

La persona á quien venían buscando debia residir en la casa en que estábamos parados mi amigo y yo, por cuanto que se estacionaron frente á ella y empezaron á conferenciar en voz baja.

La presencia de aquellos lugareños en Madrid me hicieron preguntarme: ¿Serán electores de algún diputado y vendrán á solicitar alguna carretera ó cosa análoga?...

Todos pasaron al espacioso portal de referencia. A poco bajó un elegante caballero, que pronto se vió rodeado por los individuos de sencillo ropaje y de rostros curtidos.

Extraño grupo se presentó ante nuestra vista. El caballero elegante, en medio, con el sombrero puesto, más que hombre parecia un sér superior á los demás, á juzgar por los ademanes y gestos que acompañaban á sus palabras; ellos, por el contrario, con los sombreros en la mano, humildes; más que calificarlos de seres libres, antójaseme considerarlos como á manada de borregos que reciben el golpe del pastor, sumisos, obedientes...

No quise ver más. Mi compañero y yo nos alejamos de aquel sitio que, por la escena que acababa de presenciar, me representaba una plaza de la Edad Media en que los señores feudales imponian á sus vasallos sus mandatos.

Yo creia que los tiempos de los señores feudales habian pasado; yo me imaginaba que aquella época en que los hombres se dividían en señores y vasallos había desaparecido con su vergonzoso estigma; pero tengo que confesar, francamente, que me he equivocado, pues los señores feudales existen también en el siglo XX; ahora, que en vez de imponerse con su espada, se imponen con su palabra.

José Jiménez Mata.

© Biblioteca Nacional de España

FE

En habitación modesta alumbrada tenuemente
por la luz débil, temblona, de un viejísimo quinqué,
sobre una mesa de pino, algo coja, atentamente,
el poeta escribe versos con amor, constancia y fe.
Va la pluma muy ligera; pero á veces se detiene,
y el poeta hace memoria con esfuerzo de titán;
piensa luego, y pluma en ristre á escribir pronto se aviene
los renglones armoniosos que el poema formarán.
Tacha y corta, rompe y deja; á escribir de nuevo vuelve;
una estrofa no le suena por estar falta de amor;
la rehace, la compone, torna, quita y se resuelve
por dejar aquella idea y seguir con más ardor.
—¡Adelante!—exclama al punto, fatigoso y ya cansado—;
¡adelante, inteligencia! ¡El poema he de acabar!—
Y la pluma corre, vuela, obedece lo mandado,
cual las olas obedecen al imperio de la mar.
Y el montón de las cuartillas va creciendo poco á poco;
el poeta va aumentando su interior satisfacción,
mientras tanto se ha hecho viejo y se encuentra medio loco
con el alma dolorida y dolido el corazón.
No le importa esto al poeta, ni le importa que su frente
adquiriendo vaya arrugas que demuestren su vivir;
no le importan ni las canas, no le importan, es valiente,
y valiente se decide su trabajo á concluir.
Y al mirarle concluído, al mirarle terminado,
al mirar sobre la mesa las cuartillas en montón,
de sus labios un suspiro brota extenso, prolongado,
en señal del justo premio concedido á su tesón.

M. PARRA-CAÑAS.

© Biblioteca Nacional de España

FILOSOFIA CALLEJERA

Hoy me he sentido algo filósofo. Los reflejos, brillantes unos y opacos otros, de las luces de los escaparates, hieren el húmedo asfaltado de las calles, semejando en algunos sitios pedazos de un colosal espejo roto. Los paraguas abiertos parecen bailar una danza fantástica en las alturas.

Pienso en los transeuntes y evoco á Nietzsche:

«¿Por qué nos encontramos tan á gusto en la Naturaleza?

»Porque la Naturaleza no tiene opinión cerca de nosotros.

Y pienso en árboles y en flores, en montañas y valles, en mares y rios, como en un mundo nuevo para habitarlo yo solo.

¡Ah! Me surge un fantasma. ¿Y mujeres para satisfacer en mi soledad las agitaciones epilépticas de la carne, reclamando su ley de satisfacción de los deseos?...

¡Bah! Como ahora está satisfecha esa imperiosa ley, me tranquilizo y sigo pensando en esa vida de anacoretas.

Ibsen decia: «Lo que tú seas, selo con toda la fuerza de tu alma.» Y yo me pregunto: ¿Soy, en verdad, adorador de esa vida de penitente! No sé.

Camino, y mi espiritu se sume en hondas meditaciones.

¿No quisiera ver á esta Humanidad, que odia y maldice, que se muerde con los afilados dientes de la envidia, de esa envidia que, según Ovidio, «La palidez está sentada en su rostro; en su cuerpo todos la flacura; mira siempre con atravesado, ojos; sus dientes están cárdenos; rebosa hiel su corazón; en su lengua no hay más que ponzoña, y la risa está desterrada de sus labios, excepto cuando se goza en los dolores del que sufre?»

Dudo.

***

Una mujer pasa junto á mi, envolviéndome en perfumes de Oriente. Soberbia, divina encarnación de la hembra.

Automáticamente la sigo, subyugado por su peregrina belleza.

Me olvido de Ibsen, de Ovidio y execro las teorías de Nietzsche.

Carmelo Martín del Valle.

EN EL REAL

¡Magnífico!... ¡Sublime!... ¡Colosal!...

Exclamaciones que se escapan espontáneamente de todos los labios, repercutiendo en sonoros ecos por toda la sala al terminarse el acto segundo de la ópera de Thomas, *Hamlet*.

¡Qué expresión en las frases! ¡Qué manera de decir y de cantar!... ¡Y qué actor!

—¡Oh! Es *Zacconi* baritono.

—No; es más. Es la mismisima *Sahara* (fiel y única intérprete del *Amleto* de *Shakeespeare)* convertida por artes mági-

© Biblioteca Nacional de España

cas en cantante de excepcionales facultades.

—Un *bárbaro;* y permítanme el amplio sentido que puede concederse á este vocablo.

—¡Ea, señores, no se cansen ustedes, es *Titta Ruffo*, y nada más que *Titta Ruffo!* El eminente barítono, el cantante poderoso, el trágico sublime.

. . . . . .

Y así, sucesivamente, van recogiendo mis oídos estos retazos de diálogos al zigzagear inconsciente por entre los numerosísimos grupos que se forman en los pasillos y salones del regio coliseo.

Y estos pequeños diálogos me hacen reflexionar y reflexiono, y recordando al tenor *Anselmi*, que la noche anterior habíase despedido del público madrileño con la *Tosca,* entra la comparacióu y comparo, y á mi mente acude presuroso el reflejo de un hecho que, llevado de mi espíritu observador, he venido comprobando durante la presente temporada, para darme la fiel expresión de que nuestra sociedad degenera á pasos agigantados.

Yo he creído hasta la fecha que, por ley natural, al bello sexo, á la mujer, á la hembra, en una palabra, le atraía el *anverso de su medalla*, la verdadera antítesis á su sexo, en cuanto á sus condiciones psíquicas se refiere; mejor dicho, el hombre en todas sus manifestaciones de macho poderoso.

Débil de naturaleza, ella había necesariamente de acogerse al amparo de la fortaleza de él; de voz fina, dulcísima y llena de armonías; buscaba la sonora, brusca é imperiosa del macho; y siendo de complexión flexible, graciosa y delicada, había de gustarle la robustez atlética, la varonil arrogancia, la majestad brutal del hombre.

Pues bien; me había equivocado.

Esto que por ley de naturaleza debía de ser así, resulta que es lo contrario, y voy á dar una prueba.

En general, los tenores de *cuerda ligera*, como vulgarmente se les llama, suelen ser en escena tipos, más ó menos, afeminados, debido, sin duda, al ambiente artístico en que se educan ó al romanticismo de los personajes que tienen que encarnar; pero á pesar de ello, y esto es lo antinatural precisamente, son los que más estragos causan en los débiles cerebros femeniles.

Y particularizando, Anselmi, el notable tenor Anselmi, ha sido el reflejo exacto de todo aquello que expongo.

De voz dulce y delicada, de talle flexible y ademanes coquetamente estudiados, y con rostro verdadero de mujer, me ha parecido casi siempre, escénicamente hablando, una figurilla de *biscuit* macho; un auténtico *bibelot*, un *divo*, según le ha llamado muchas veces la casi totalidad de la Prensa diaria.

Pues bien; á pesar de esto, la inmensa mayoría de las damas han acogido al *tenor bello* con marcadísimas muestras de entusiasmo y de cariño, muy expresivas; demasiado expresivas acaso.

Le han admirado de distinta forma que á los demás artistas, y se han quedado *solas* en palcos y butacas aclamándole, y se han destrozado sus diminutos deditos aplaudiéndole, y han llegado hasta el extremo de mirar á *Titta Ruffo* con prejuicio, acaso celosas de sí mismas, previen-

© Biblioteca Nacional de España

do, sin duda, que nosotros habíamos de aclamar con entusiasmo al *gran* barítono.

¿Es esto sugestión ó atrofiamiento?... ¿Es vicio ó es virtud?...

¿Es la dulzura de la voz lo que las enamora y cautiva?... ¿Es el tipo afeminado? ¿Es el romanticismo del personaje que interpretan, ó es que la degeneración de la raza humana es un hecho y que el *feminismo* se impone en todas sus manifestaciones de la vida?...

¡Quién sabe!... ¡Misterios impenetrables del corazón humano!... ¡Arcanos incomprensibles de nuestra envilecida y desdichada sociedad!..,

Alfonso Monéo.

Racha de Concursos

De enhorabuena estamos los literatos noveles, si estos jóvenes de la ilusión, tantos como en España nos dedicamos á la lícita tarea de emborronar cuartillas, podemos ostentar semejante título ante el ciclón de facilidades que la Prensa madrileña *rotativa* é ilustrada pone á nuestra disposición para abrirnos brecha en el camino de la gloria.

Parodiando al célebre señor Girard, de *Bohemios,* los grandes periódicos han venido á decirnos que para llegar, para subir, es necesario que nos empujen, y que aquí están ellos... á empujarnos.

Lo lamentable será la dirección que nuestros maestros den á sus arranques; pues siendo ellos los que manejan la aguja de marear, yo, por la parte que de novel me toca—creo que su principal intento se dirigirá á salvar sus respectivos pellejos, aunque los demás se estrellen contra los escollos—, esto pensando lo menos malo, si yo intentara decir que lo de los Concursos es una bien estudiada estratagema, en la cual, aparentando solucionar el calvario de la gloria (oh, irónico contraste), se dejaba descartada á la juventud, con sobrada razón, nuestros pacíficos y generosos maestros podrían tildarme de indiscreto mozalbete, de pretencioso mozalbete, de egoista, de ignorante... Y porque esto no suceda, quiero «que hablen los hechos por mí»; de este modo aparezco como narrador, y solamente podrán tacharme de apasionado; al fin y al cabo, una solución para *ellos* también.

Yo creía que á los Concursos de noveles, de autores inéditos, en una palabra, sólo tendrían derecho á acudir los aficionados de la literatura, aquellos escritores cuyas firmas aparecían en desconocidas revistas, en periódicos que nadie lee. Mi equivocación ha sido grande; pues siendo las firmas de los autores premiados en el *Cuento Semanal*, Miró, López Roberts, etcétera, etc., casi todas ellas son conocidas como novelistas. Y porque tampoco imaginen estos señores, que mi escrito encierra alguna censura contra ellos, me es necesario preguntar: ¿Por qué estos señores de reconocidas facultades no ingresan en el *Cuento Semanal* fuera de Concurso en vez de repetir otras firmas? No sería esto más justo y, sobre todo, más lógico, si la protección que cacarean los anuncios del Concurso es exclusiva para los inéditos? ¿O es que estos novelistas jóvenes viriles, nuevos, no pueden alternar de *motu proprio* con los ya encumbrados? ¡Oh, la competencia!

© Biblioteca Nacional de España

El peligro de la competencia, en la materia literaria, ha llegado á preocupar á nuestros maestros, y temiendo que algún avispado alumno pudiera aventajarles, han roto el fuego, y valiéndose del maquiavélico sistema del *tío* del *higuí*, han puesto una sola breva en el anzuelo, engolosinando á miles de bocas, siendo una sola la dichosa que pueda saborearla.

Ya lo sabéis, poetas y literatos en embrión: la protección de nuestros avances en el mundo de las Letras la debemos á los grandes literatos, á los viejos escritores; ellos nos dan la mano para subir, aunque á la mitad del camino nos la suelten...

Y como tenemos en puertas dos Concursos más, el de *El Liberal* y el de *Heraldo de Madrid* para artículos y obras teatrales, respectivamente, fervientes adoradores de la ilusión, tornaremos á emborronar cuartillas; pues si los premios que los Concursos ofrecen no están á nuestros alcances, en cambio la imaginación se ilustra y los papeleros engordan: todo resultan ganancias cuando nada vamos á ganar.

Anticipando los acontecimientos respecto á los Concursos de *El Liberal* y de *Heraldo de Madrid* corren con insistencia rumores de que los premios ya están otorgados. No obstante, la partida de los inocentes, de los ilusorios en hiperbólico grado, cree que los premios serán repartidos como la justicia ordena, si bien dudan de la autenticidad de los firmantes; pues algunos creen, y con razón, que la firma puede ser de un *Juan de los Palotes,* y la labor de un autor de fama. ¿Cómo se aclararía este atropello, periódicos concursantes?

En fin, siga la *jota;* seguid vosotros, jóvenes de la ilusión, con vuestro culto ferviente, que mientras la inexperiencia os acompañe, los viejos escritores, los grandes maestros, os seguirán tildando de ignorantes, aunque esta ignorancia vuestra sirva para hacerles el caldo gordo á ellos.

Yo, compañero vuestro de ilusión é ignorancia, pongo el título á mis escritos para acudir á los Concursos.

Eladio F. Egocheaga.

EN BUSCA DEL TRIUNFO

Inspirado en parte de lo que mi querido compañero *El Bachiller Pepito* arguye en su artículo «Una pregunta», del pasado número, voy á versar yo, otro de los últimos soldados que militan en las huestes literarias.

En este mi trabajo no esperes encontrar, querido lector, derroche de poesías, ni pensamientos sublimes; no más en él encontrarás que un pensar, no sé si bueno ó malo, pero, de una ú otra forma, mío; luego que el tema que he de poner sobre el tapete es de los que, cuanto más vulgarmente se dicen, con más facilidad se comprenden. Voy, pues, al asunto.

Es sabido que en nuestra Patria existe una juventud intelectual, mejor ó peor que otras, pero existe, y se encuentra en el mayor de los desamparos por h ó b (son muchos los motivos y por eso no me detengo á especificar). Bueno; esa juventud que se afana en pro de su ideal, que está

© Biblioteca Nacional de España

relegada al olvido como chirimbolo inútil, atraviesa por un período desesperante, y por más que lucha, sus esfuerzos son estériles, sus aspiraciones irrealizables.

Quizá pudiera culparse de esto á ciertos señores que, sin acordarse de que también ellos fueron noveles, hoy, al verse encumbrados, niégannos su protección. Puede que esto sea. Yo más culparía á la misma juventud por su torpeza en buscar el camino recto de ver sus pensamientos cumplidos; porque cada uno de los nuevos marcha por senda distinta, y existe una disparidad de criterios terrible, y de esta forma, yo creo que no es posible encontrar satisfactoria solución.

¿A qué recurrir á determinadas personas de viso en las Letras en demanda de protección, cuando esas mismas personas tienen todo acaparado y creen deshonroso el tener á sus inmediaciones un principiante? No ha mucho vió la luz un pomposo diario nocturno, y la primera advertencia que al lector hacía, era la de que en tal periódico *no habla principiantes*. ¿A qué recurrir entonces á ellos? ¿Qué prueba más palpable nos puede demostrar que nos niegan su protección? Luego entonces, ¿á qué ridiculizarnos acudiendo á ellos?

¿A qué dirigirse á reconocidas personalidades en el teatro, como autores, en súplica de recomendaciones para que á un novel se le facilite el medio de estrenar alguna de sus producciones? ¿Cómo estos señores han de acceder á tal pretensión individualmente, si la Sociedad de Autores Españoles, como colectividad, sólo procura protección y ayuda á sus asociados, todos personas conocidas?

Es inútil; con estas peticiones sólo hemos de lograr lo que hasta aquí: que, tras de no ayudarnos, se mofan de nosotros.

La Sociedad de Autores, esa institución que podía ser tan hermosa, nada tiene legislado sobre los nuevos, porque no les interesa; tú estrena con éxito, y á renglón seguido ya tienes administración y protección; protección cuando no la necesitas, cuando no te hace falta.

Ahora bien; con estos antecedentes, ya conocidos, ¿es posible que, marchando todos diseminados y nuestros pensamientos cada uno vagando por distintas regiones, logremos sacar algo en limpio? Yo, francamente, me parece que nos pasará lo que pasó en la Babel, no nos entenderemos, y de esta forma no iremos á parte alguna, no haremos nada ni seremos nadie.

Y ¿qué debemos hacer, diréis vosotros, para que este estado de cosas concluya? Vaya mi modesto consejo, si vale. En primer lugar, no acudir en busca de protección absolutamente á nadie; nosotros unámonos, pongámonos al habla los interesados y busquemos; que si existe una Sociedad de Autores conocidos, no es imposible constituir otra de Autores noveles. ¿Se nos niega el apoyo? Ideemos el medio de no necesitarlo.

Si en la vecina República francesa cuentan con un gran *Antoin*, que fundó un teatro libre, no faltará entre nosotros otro Antonio que, á semejanza de aquél, nos presente un teatro también libre que no nos exija cinco pesetas y la mar de tantos por ciento, amén de otras bagatelas, como el que hace poco se nos ofreció.

Este sería el triunfo que en nuestra mano está el hallarlo. Todo lo hace la unión y el interés.

© Biblioteca Nacional de España

Conque amigos, espero vuestro fallo para seguir nuevo derrotero. Vosotros tenéis la palabra.

Manuel Fernández.

NUESTRO CONCURSO

A fin de dar mayor amenidad á la lectura de esta revista y ofrecer un decidido apoyo á la juventud literaria que nos honra con su colaboración, abrimos un **Concurso de Rápidas**, ajustado á las bases siguientes:

1.° El tema será á elección de su autor, no pudiendo exceder el tamaño de la misma del de una columna de este periódico.

2.° Los concursantes podrán remitir su trabajo hasta las doce de la noche del día 10 de marzo del corriente año, acompañando á los mismos, bien el boletín de subscripción con su nombre y domicilio, ó bien dos cupones, del que se inserta en la cubierta del periódico.

3.° Los trabajos deberán ser enviados á esta Redacción bajo sobre cerrado, y en el que se pondrá *Para el Concurso de Rápidas de* LOS GOLFOS DEL ARTE. Dichos trabajos se irán publicando ordenadamente según se vayan recibiendo.

Un Jurado competente fallará en su dia premiando las tres mejores *Rápidas:*

1.° Con 100 pesetas en metálico.

2.° Con un objeto de arte, valorado en 25 pesetas, y

3.° Con la publicación del retrato de su autor y la subscripción gratuita por un año á LOS GOLFOS DEL ARTE.

Además otras tres de las *Rápidas*, que, á juicio del Jurado, lo merezcan, serán premiadas también con la inserción de la caricatura de sus autores en esta revista.

OBSERVANDO

Más bien por guarecerme de la finísima lluvia que caía que por devoción, entré en la santa iglesia.

Cuando mis pupilas contraídas pudieron acostumbrarse al repentino cambio de la luz á la sombra, pude ver á mi lado á un caballero que, procurando esconderse tras uno de los gruesos pilares que sostienen la techumbre de la amplia nave, seguía con interés y mal disimulada emoción todos los incidentes de una boda.

Así que el sacerdote, después de haber escuchado el dulce «sí» de los dos contrayentes, húbóles echado la bendición que había de unirlos para toda la vida; el misterioso caballero dejóse caer de rodillas sobre las frías baldosas del templo, y con acento que debía salirle de lo más recóndito del alma, murmuró: «¡Dios mío, hazlos dichosos!»...

Los novios, una vez terminada la ceremonia, salieron de la iglesia, y el misterioso personaje llevóse el pañuelo á los ojos para secar dos furtivas lágrimas que en ellos oscilaban.

Levantóse, y al volverse para salir, retrocedió al ver junto á él á una respetable señora vestida con severa elegancia.

—¡Madre!—murmuró estremeciéndose.

—¡Sí, hijo mío; todo ha terminado! —repuso ella—; y cogiendo del brazo al aturdido caballero salieron de la iglesia.

Yo, picada de la natural curiosidad, innata en mi sexo, seguía á tan desigual pareja, que, al parecer, discutía con verdadero acaloramiento.

De los ojos velados de la anciana escapábanse en torrente las lágrimas, en tan-

© Biblioteca Nacional de España

to que los de su misterioso acompañante despedían fulgurantes destellos.

Al fin pude colocarme al alcance de su voz á tiempo que el caballero, con acento que reflejaba en compacta armonía el amor y la cólera, exclamaba: «No..., el único recurso es la muerte...»

Un amargo sollozo escapóse del pecho de su madre, y cuando yo, en mi exaltada imaginación, me iba forjando el final de aquella escena de la vida, mis dos protagonistas penetraron en el amplio portal de una casa, dejándome sumida en profundas reflexiones y sin haber podido coronar el desenlace de mi histórico drama...

Tomasa Paz.

LOS CABALLEROS DEL IDEAL

En revuelto y confuso tropel, la caravana de los artistas avanza siempre con la mirada puesta en el infinito, con un ansia de algo que desconoce, avanza siempre brillante, despidiendo reflejos de gloria en busca de un porvenir que vió allá en sus sueños, de una vida que fantaseó, quizás, en sus delirios.

¡El ideal! ¡Maldito sea! Él nos arrastró á nuestra existencia de sufrimientos y amarguras, y nos abandona en el momento que debía sostenernos. ¡El ideal! ¡Maldito sea! Por él vivimos solos; por él nos encontramos huérfanos; por él no tenemos un hogar, ni una mujer, ni un cariño, ni un lecho; las aves tienen un nido, los reptiles un cubil; pero el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza.

Pero el orgullo acude y los caballeros del ideal lanzan su reto: Burgueses, yo humillaré vuestras pequeñas grandezas con mi miseria gloriosa y os echaré al rostro, como una bofetada, las encarnaciones de mi genio...

¿Dónde vamos? No lo sé. Sólo sé que nunca nos hemos sentido tan grandes y que nunca hemos sido tan pequeños; que jamás tuvimos tanta ansia de luz y de combate, y jamás estuvimos tan obscuros y cobardes; que nuestra voz, cada vez más potente, llega cada vez menos hasta el mundo. Pero semejantes nosotros á la sirena de la fábula, que ríe en la tempestad y llora en la bonanza, porque en la una adivina la otra, nosotros reimos, y nuestra risa es de esperanza; negra es la noche, pero hace presentir la claridad regocijadora de un día nuevo; en nuestras mentes se elaboran las futuras grandezas que admirarán á los siglos venideros; en nuestros cerebros se forjan otros ideales, y otros hombres y otros dioses, y en nosotros se forja la luz que ilumina la marcha de la Humanidad en tiempos posteriores, y á nuestro mágico comienzo volverán á pasar su carrera de victorias los ídolos nuevos, y otra vez la Humanidad, que se siente fatigada de vivir, renacerá con nuevos bríos y desfilará, ante los ojos de la muchedumbre absorta, el eterno espectáculo de la vanidad y del orgullo.

El árbol de la historia no está aún cansado de dar flores, y brazos blancos y blancas manos se aprestan en la sombra á ceñirnos la corona de espinas triunfal.

Javier Ruiz Almansa.

© Biblioteca Nacional de España

Remembranza

Recuerda que algún día
con ilusión profunda te adoraba
y que de amores ciega el alma mía
los afectos más puros te guardaba.

Mas hoy que tus traiciones
me han llenado de pena y amargura
al olvido daré mis ilusiones
y sola lloraré mi desventura.

Clotilde Díaz Conde.

CAMINO DEL ARTE

Esta distinguida Sociedad artística verificó en el teatro de la Comedia el pasado jueves su acostumbrada función mensual, poniendo en escena *Lo positivo* y *La cuerda floja*.

En la primera de estas obras realizaron una notabilísima labor cuantos tomaron parte en la interpretación, demostrando plenamente que el título que ostenta la Sociedad no puede estar mejor aplicado. Van *camino del arte...*, y llegarán.

La señorita Muñoz estuvo inspiradísima en su parte de *Cecilia*, dando al personaje vida propia por la acertada delicadeza en el decir. Esta joven actriz siente... y ya es algo. El monólogo de la *carta* y los *cálculos* lo dijo magistralmente.

El señor González es un actor hecho y derecho. Bien se lo dió á entender así el público con las llamadas á escena de que fué objeto, interpretando el simpático personaje del *Marqués*.

El señor Piquer, como actor y director de escena, merece el más completo aplauso. Su parte de *Rafael* la dijo muy natural, haciéndonos ver que puede competir con muchos *galanes* que ruedan por esos escenarios de alta categoría. Y, por último, el señor París contribuyó con su acertado trabajo al buen conjunto que formaron los cuatro personajes en escena, pues que también escuchó justos y merecidos aplausos.

La cuerda floja, la verdad sea dicha, se vió que estaba falta de ensayos; pero, á pesar de todo, la señora Ferrándiz y el señor Tello hiciéronse notar particularmente, y en unión de las señoritas Muñoz, Guijarro y Zapater, y los Sres. Sevilla, Lalama y Rivero, hicieron las delicias del selecto público que, como siempre, llenaba la sala, escuchando por ello al final de la representación infinidad de aplausos.

Enhorabuena á todos y hasta la función próxima.

M. P. C.

CORRESPONDENCIA

T. L.—Sentimos mucho no poderle complacer. Mande más.

V. G.—Su trabajo es muy largo. Mande otra cosa más corta.

F. P. A.—Igual que al anterior.

C. P.—Su trabajo nos gusta.

Don Martín.—¡Compañero, de buena se ha librado por estar *Figarín* enfermo! Su artículo no vale.

C. P.—Las *Rápidas* tienen que ser en prosa. Gracias por su carta.

M. H.—Va al cesto.

J. C.—Lo mismo le decimos.

Apéeme.—Las seguidillas valen. Lo demás... ¡tapa, chico, tapa!

Xenofonte.—Vale.

J. M.—Idem.

A. P.—Lea las bases de nuestro Concurso.

IMP. VALVERDE 33, MADRID

© Biblioteca Nacional de España

ANTIGUA CLÍNICA DEL
Dr. Morales
Sífilis-Venéreo-Impotencia
Consultas: De dos á cinco.
Carretas, 39, Madrid

Peluquería y Barbería
JULIO GIL
Jardines, 1º, Madrid.
Precios reducidos.
Limpieza esmerada.
Aseo, prontitud, economía

¿Desea usted saber cuál es el establecimiento más popular en Sombreros elegantes y más duración?
VELASCO
Sucesor de Lupuy.—Más barato que yo ¡nadie!
Precia dos, 21, Madrid.

Doctor Zúñiga
Peligros, 4, Farmacia.
Cuerpos químicos para reactivos. Materias colorantes para microscopía. Soluciones valoradas.

Escuela Práctica de Comercio
Montera, 43, 3.º derecha.
Clases de Contabilidad, Cálculos y Caligrafía
QUINCE pesetas al mes

JUAN HILLAN
Montador de aparatos eléctricos y toda clase de instalaciones.
Clavel, 5, Madrid.

Nuevo Kananga
Magdalena, 5
En este acreditado establecimiento se sirve una rica taza de café por 15 céntimos.

Gran Salón de Peluquería
Servicio esmerado y de desinfección.
Antonio Vera
León, 36, Madrid

© Biblioteca Nacional de España

Los Golfos del Arte

REVISTA LITERARIA—COLABORACIÓN LIBRE

Se publica dos veces al mes.

Redacción y Administración: **San Cosme, 18, 3.º, dcha.**

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

MADRID

Un trimestre. . . . . 1,00 peseta

PROVINCIAS

Un trimestre. . . . . 1,25 »
Un semestre. . . . . 2,25 »
Un año. . . . . 4,00 »

EXTRANJERO

Un año. . . . . 5,00 francos

Número suelto, 15 céntimos. Atrasado, 25

No se devuelven los originales.

Anuncios á precios convencionales.

© Biblioteca Nacional de España